

## ENTREVISTA CON TEMMA KAPLAN

---

José Javier Díaz Freire

Temma Kaplan es Catedrática de Historia y de Estudios de la Mujer en Rutgers University. Es autora de *Anarchists of Andalusia, 1868-1903*; *Red City, Blue Period: Social Movements in Picasso's Barcelona*, y *Crazy for Democracy. Women in Grassroots Movements*. Los dos primeros títulos han sido dos importantes contribuciones a la historiografía española, el primero de ellos traducido al castellano y publicado por Crítica en 1977 con el título: *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*. Sin temor a equivocarse se podría decir que en la labor como profesora e investigadora de Temma Kaplan destacan su vocación por la historia y su compromiso feminista en la lucha por la defensa de la justicia y los derechos humanos. De estas dos grandes pulsiones es buena prueba esta entrevista que tuvo lugar en Bilbao el veintisiete de noviembre de mil novecientos noventa y nueve y se desarrolló en inglés y castellano. La transcripción de los apartados dictados originalmente en inglés se ha beneficiado del estuendo trabajo de traducción realizado por Mella O'Connor.

—*Me gustaría empezar hablando de la incorporación de los estudios de género en la universidad norteamericana. Esto se produjo en el contexto de finales de los sesenta ¿no es así?*

—Así es, los estudios de mujeres entran en la universidad a principios de los años setenta. Yo enseñé mi primer curso dedicado a la historia de las mujeres en enero de mil novecientos setenta y uno y se dictaron muchos más en los años siguientes. Los estudios de género se desarrollaron propiamente más tarde en los años setenta.

—*La proliferación de cursos vino acompañada de una intensa renovación teórica.*

—Si, estábamos buscando, más que una historia de la discriminación de la mujer, un sistema para explicar el patriarcado, las formas

de represión y de discriminación contra la mujer. Estábamos buscando una manera de hablar. Todas nosotras, Linda Gordon, Julie Stacey, Nancy Chodorow ..., estábamos buscando una manera de hablar que no fuera demasiado, ¿cómo decirlo? demasiado pesada, demasiado ortodoxa. Y salieron una serie de artículos y libros que ayudaron mucho en ese camino. Por ejemplo el famoso artículo de Gayle Rubin sobre el intercambio de mujeres<sup>1</sup>. Ella hizo una distinción muy importante para nosotras, que fue la distinción entre el sexo y el género. Había un grupo de inglesas al principio de los años setenta que proponía analizar la cuestión femenina dentro de un sistema marxista no ortodoxo, representado sobre todo por Juliet Mitchell<sup>2</sup> y Sheila Rowbotham. Esta última escribió un libro analizando el impacto del género en la clase obrera o en la conciencia que se llamó *Women's Consciousness, Man's World*<sup>3</sup>.

—*Los trabajos que vinculaban la cuestión de clase con la de género eran muy importantes porque todas proveníais de una tradición marxista.*

—Nosotras veníamos de una tradición marxista, pero con la fuerte impronta anarquista que caracterizaba a la nueva izquierda. No nos sentíamos cómodas con poner la mujer dentro de un sistema marxista sin reformar todo ese sistema. Estábamos hablando de género sin usar la palabra género. Estábamos hablando de las diferencias que constituye el género, y cómo conforma la experiencia. Más adelante Joan Scott publicó su famoso artículo en el que afirma la trascendencia del género para el análisis histórico<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Una edición reciente de este artículo en Gayle RUBIN, «The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex», en *Feminist and History*, Joan W. Scott (ed.), Oxford University Press, Oxford-New York, 1996, pp. 105 a 151.

<sup>2</sup> De Juliet MITCHEL está traducido al castellano: *La condición de la mujer* con dos ediciones en castellano por Extemporaneas y Anagrama en 1974 y 1977 respectivamente y en esta misma fecha en catalán por Península. También *La liberación de la mujer*, Anagrama, 1975 y *Psicoanálisis y feminismo*, Anagrama, 1976.

<sup>3</sup> Hay traducción al castellano: *Mundo de hombre, conciencia de mujer*, Debate, 1977. De Sheila ROWBOTHAM está traducido también al castellano: *Feminismo y revolución*, Debate, 1978; *Dos pioneros de la revolución sexual*, Anagrama, 1978 y *La mujer ignorada por la historia*, Pluma-Debate, 1980.

<sup>4</sup> Hay traducción en castellano: Joan W. SCOTT, «El género: una categoría útil par el análisis histórico» en James S. AMELANG y Mary NASH, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1990, pp. 23 a 56.

— *¿Las autoras que participaron en ese proceso de renovación teórica provenían del movimiento de mujeres?*

— Si, se trataba de mujeres feministas, pero también académicas. No provenían del mundo solamente de la política, sino más bien de la academia. Muchas vinieron de la literatura más que de la historia o la sociología. Sobre todo de la literatura comparada francesa, y más tarde de la literatura inglesa que cogió las ideas francesas de género y las vinculó con el psicoanálisis, como es el caso de Juliet Mitchell. También tenían mucho interés filósofas francesas como Hélène Cixous. Desde el punto de vista de los Estados Unidos, si yo hubiese tenido que predecir en el año setenta qué grupo intelectual iba a tener mayor trascendencia en los estudios de mujeres hubiera dicho que las antropólogas, por la importancia de los trabajos de Gayle Rubin, que ya he mencionado, o los de Michelle Zimbalast Rosaldo y Louise Lamphere, sobre todo su libro *Women Culture and Theory*; sin embargo, no llegaron a tener tanto impacto.

— *Aunque las innovaciones teóricas se producían desde el ámbito académico se produjo una fuerte interrelación con los grupos de mujeres. ¿Estos desarrollos respondían a necesidades que estaban dentro y fuera de las aulas?*

— En efecto. Como militantes de la nueva izquierda surgida en el contexto de la lucha por los derechos civiles en el Sur de los Estados Unidos y el movimiento contra la guerra de Vietnam fuimos a las universidades porque nuestra política fue aprender y enseñar. Partíamos de la idea de que nosotros aprenderíamos de la gente y enseñaríamos a la gente. La experiencia y el intercambio era lo más importante de nuestra concepción política. De esta manera muchas de nosotras llegamos a ser académicas. Era una época en que había mucho sitio en las universidades y mucha gente de mi generación han llegado a ser catedráticos. Cuando terminé mi tesis de doctorado, y me fui a la Universidad de California en Los Angeles (UCLA), con veintisiete años, había mucha gente de mi edad, estudiantes graduados, que me pidieron hacer un seminario sobre la historia de la mujer, y yo les dije: ¡pero si no sé nada de historia de la mujer, salvo algunas cosas sobre las sufragistas inglesas! Así que decidimos hacer un seminario. Lo llamábamos un seminario, pero en realidad era un grupo de estudio porque todos contribuíamos con el resultado de los trabajos que íbamos realizando. Había otros grupos en Cambridge, Massachusetts, otros en Chicago, en Nueva York, ... estudiando las mujeres en Alemania, en la Argentina, en Africa del Oeste. Empezábamos con una historia comparativa, y una historia más

o menos teórica que analizaba la cuestión de género en relación con las diferencias étnicas y raciales y se produjeron muchas tesis, y muchos libros de este primer conjunto.

— *O sea que los estudios de género se desarrollaron muy rápidamente.*

— Sí, hacia el año setenta y cinco había unos dos mil cursos y unos cuarenta programas sobre algún aspecto de los estudios de mujeres en las universidades norteamericanas. Había muchos cursos en cualquier lugar de los Estados Unidos. Sin embargo la mayor parte de los libros se estaban publicando en Nueva York o en Boston. Libros sobre mujeres, sexualidad, psicoanálisis...

— *Sin embargo, la introducción de los estudios de género también encontraría fuertes resistencias.*

— Claro, por poner mi propio ejemplo, cuando empecé a dar clases tenía que dar la asignatura de Historia de España y mis colegas no querían que hablara de cuestiones relacionadas con la mujer y el género. Yo hice mi primer discurso sobre mujeres en una reunión de la Sociedad para la historia de España y Portugal que fundamos Clara, Iris Zavala y Nicolás Sánchez Albornoz, y yo. Luego lo publiqué en una revista inglesa porque ninguna de las revistas de historia de los Estados Unidos quería publicarlo. En una me dijeron que al principio habían pensado que era una broma y en otra que esas cosas de las mujeres no tenían importancia.

— *A pesar de todos esos obstáculos, supongo que el balance que realizas del desarrollo de los estudios de género es enteramente positivo.*

— Más que eso, a mí me parece que el hecho de pensar la historia en términos de género ha cambiado el mundo. A mí me parece que el movimiento feminista en muchos países ha cambiado el punto de vista de muchas cosas y es un cambio que podríamos comparar con el que se produce en el renacimiento. No quiero decir tanto, pero quiero decir tanto; aunque se trate de un proceso muy desigual por países.

— *¿Qué carencias se pueden señalar todavía en las universidades norteamericanas?*

— En los Estados Unidos han llegado hasta cuarenta o cincuenta mil las asignaturas en estudios de mujeres y género, hay tantas que una no se puede acordar. Pero, sin embargo, y por ejemplo en mi universidad, aunque hay un programa de estudios de la mujer, en el De-

partamento de Economía no tienen ni una asignatura de economía de la mujer obrera ni de las mujeres y el desarrollo económico. Todavía hay grupos que no tratan de mujeres ni de género, y eso en las Ciencias Sociales donde el impacto de los estudios de mujer ha sido más importante.

— *¿Qué es lo que mejoraría realmente los estudios de género ahora?*

— Yo creo que hay que integrarlos más en los debates historiográficos generales. Hay gente que trabaja desde la perspectiva del género pero que no entran en los debates sobre clase, o sobre movimientos sociales, u otros. Nos hace falta un álgebra para comprender la relaciones entre los sistemas en que estamos pensando. Quizás hasta ahora, por la necesidad de comprender la contradicción de género, era necesario separar estos estudios del resto de las perspectivas de análisis. Pero ahora necesitamos confrontar nuestros planteamientos con otros alternativos. Esto es lo único que fortalecerá y aclarará nuestras ideas.

Además, tenemos que mirar a nuestro alrededor, a la actividad de los movimientos sociales; y no estamos haciéndolo. El desarrollo de los estudios de las mujeres partió de los movimientos sociales, pero ahora intelectuales y movimientos sociales están muy separados. Hemos perdido la base. Creo que el problema intelectual de los estudios de mujeres y de género es el problema del divorcio entre los intelectuales, los académicos, y los movimientos sociales que les rodean, muchos de ellos relacionados con el género y conscientes de la cuestión de género. Claro que uno no puede acercarse a los movimientos sociales sin considerar las contradicciones. A mí me parece que hemos perdido el sentido marxista y el sentido hegeliano de trascendencia. Si creemos que nunca vamos a llegar más que a la paradoja alcanzamos un final terrible. Tampoco creo que haya una trascendencia más allá de todo. Pero si creo que hay cosas más verdaderas que otras y que tenemos la obligación de ir más allá de las paradojas y las contradicciones.

— *¿Y no puede ser que ese divorcio se deba a que los movimientos son muy débiles?*

— Mira los estudios de Marx sobre la guerra civil en Francia y la Comuna de París. ¿Quiénes protagonizaron esos movimientos? No eran proletarios, y los pocos que había eran bakuninistas y prudhonianos, a quienes Marx odiaba políticamente. Pero él reconocía la importancia de lo que estaba pasando en la Comuna. Aunque lo criticó se dio cuen-

ta de que se trataba del embrión de un nuevo estado obrero. Yo creo que aquellos movimientos eran igual de débiles y descoordinados que los de ahora. Los movimientos actuales priorizan la crítica de la vida cotidiana y reaccionan ante una sociedad en la que las relaciones de género, que se están modificando profundamente, son un componente fundamental.

— *¿Qué puede aportar el análisis de género a esos movimientos?*

— Lo más atractivo de los estudios de género es que no tienen realmente una historia, porque de algún modo los estamos inventando en la actualidad. Estamos creando un lenguaje para algo que ha existido a lo largo de la historia y en toda la sociedad, pero cuyo análisis no tiene una historia. Estamos libres en mucha medida del debate histórico. Por ejemplo, si dices «anarquista» debes matizar y contextualizar el término en un determinado momento histórico. Pero si decimos descentralizado, no jerárquico, controlado localmente y ponemos énfasis en la democracia directa, estamos hablando, a la vez, de un tipo de anarquismo y de los movimientos que existen hoy día. Incluso la gente que está trabajando en los partidos y sindicatos, no está trabajando dentro de sistemas jerárquicos sino, más bien, dentro de un sistema descentralizado. Pues bien, estos son los sistemas donde las mujeres han galvanizado sus actividades por lo menos desde la Revolución francesa, en torno a los temas de la calidad de vida, la vida cotidiana, el precio del pan, el costo de los alquileres... El género ha estado vinculado con una determinada noción de democracia y creo que lo va a estar mucho más en el siglo XXI. Lo estamos viendo desde comienzos de los noventa en sitios como China, Filipinas y partes de Asia en los que nunca piensas mucho.

— *Volviendo al tema de los estudios de género en Estados Unidos en algunos momentos has hecho referencia a hombres y mujeres, pero luego las personas que has citado han sido todo mujeres. ¿No ha habido hombres interesados en estudios de género?*

— En un principio no, pero a finales de los años setenta y, principios de los años ochenta empezó a haber hombres interesados. Por ejemplo, Eric Foner, que hizo un gran estudio de la época de la Guerra Civil Americana. También a principios de los ochenta había hombres como Michael Kimmel, que empezó a estudiar la construcción del género masculino, o Robert Moller, un gran amigo mío que hace la historia de género en Alemania en postguerra, o Thomas Dublin, que estudia la relación entre género y las obreras en las fábricas textiles en el

siglo XIX en Massachusetts. Podríamos añadir entre otros a Robert Orsi que escribió sobre una madama en un barrio italo-americano en Nueva York entre otros trabajos como la relación entre mujeres de la clase obrera y el Santo Luca. Pero lo más interesante es que estos hombres han sufrido el mismo rechazo que han cosechado las mujeres. La misma actitud hostil por parte de las revistas, los grupos de trabajo, las editoriales... Se les ha tratado como si fueran mujeres haciendo la historia del feminismo. Estos autores han obtenido reconocimiento en la actualidad, pero a pesar de todo siguen enfrentándose a reticencias dentro de la profesión. Lo mismo pasó con aquellos que empezaron a hacer la historia de los negros en los Estados Unidos. En principio se les trataba como si sus trabajos fueran cosas flojas, sin calidad, ideológicas, como si no hubiera ideología de derechas en los Estados Unidos, como si solamente hubiera ideología feminista o de izquierda. La generación joven, sin embargo, está acostumbrada a hacer la historia de género: en la asignatura de mujeres y género que imparto entre la tercera parte y la mitad de los estudiantes son hombres, pero de mi generación, de la generación que estábamos empezando en los años setenta, no hay muchos hombres, no hay nadie...

— *¿Entonces, no hay hombres en los departamentos de estudios de la mujer?*

— Sí, sí hay agregados al programa de estudios de género. Unos con mayor dedicación a esta temática que otros, e integrar el género, como tú sabes, es bastante difícil.

— *Los estudios de género han llegado a España como una importación procedente de los países anglosajones y también de Francia. ¿A ti te parece que el hecho de que haya llegado como una importación ha debido provocar algún problema a la hora de aplicar las ideas de género al estudio de la realidad española? ¿crees que se podrían incorporar para estudiar la realidad española, o que habría que adaptarlos?*

— Creo que es necesario adaptarlos. Creo que esta es una labor que compete a los historiadores españoles. La construcción de los estudios de género, de la teoría del género es un esfuerzo colectivo y todos debemos contribuir al mismo. No somos Karl Marx, ninguna de nosotras o nosotros estamos sentados escribiendo la teoría del género, pero me gustaría que todos contribuyéramos con nuestras aportaciones. Y que se oyeran más las aportaciones de las historiadoras e historiadores españoles que quizás pequen de excesiva modestia. Realmente estamos

en una aldea global intelectual. Cada vez tenemos más oportunidades para leer las aportaciones de unos y de otras.

—*Tu trabajo es bien conocido en España por tus libros sobre el anarquismo en Andalucía o sobre la Barcelona del cambio de siglo. También es muy citado el artículo sobre el concepto de conciencia femenina*<sup>5</sup>. *Me gustaría que nos explicaras un poco la importancia de ese concepto en tu trabajo.*

—Este concepto es el resultado de una investigación sobre el modo en que entran las mujeres en la vida pública. Yo quería explicar no tanto los movimientos feministas, aunque me interesaban, como los movimientos de mujeres de base desde el siglo dieciséis. Quería explicar por qué hay tantas mujeres entrando en luchas relacionadas con cuestiones de la vida cotidiana y por qué en el siglo diecinueve se daban esos movimientos de hombres vestidos como mujeres, como los *captain swing rebellions* en Inglaterra y los *movimientos de María de las Fontes* en Portugal. Quería saber por qué hay momentos en que los hombres tienen mucho más derecho a participar en una lucha cuando actúan como si fueran mujeres, y por qué estos derechos no son derechos garantizados por el Estado, pero sí derechos de género; por qué cuando un ejército en cualquier país mata a muchas mujeres y niños, es un masacre, y si matan a los hombres, es una lucha contra rebeldes, por ejemplo. Me preguntaba por qué hay muchos momentos en la historia en que las mujeres se enfrentan con la policía o el ejército diciendo: somos las madres, somos las esposas, somos las hijas... diciendo que hay derechos más importantes que el derecho del ejército o el derecho de cualquier Estado. Así que empecé a investigar cómo identifican los hombres y las mujeres los derechos de género en su sociedad y en su época, qué importancia tienen éstos y cómo cambian y se transmiten conformando un sentido de derecho, de ser humano. Me interesaba además la efectividad política de esos derechos de género que puede apreciarse por ejemplo en el movimiento de las madres de la Plaza de Mayo, las Mujeres por la Vida contra Pinochet o la participación femenina en los sindicatos amarillos a principios del siglo XX en España e Italia. El concepto de conciencia femenina creo que ayuda a entender todos esos procesos.

---

<sup>5</sup> Hay traducción castellana: Temma KAPLAN, «Conciencia femenina y acción colectiva. El caso de Barcelona, 1910-1918», en James S. AMELANG y Mary NASH, *Historia y género*, pp. 267-295.

—*En tu último libro Crazy for Democracy, todavía no publicado en castellano, haces una reflexión sobre una serie de experiencias de grupos de mujeres, con el objetivo de desafiar la idea de que el movimiento feminista es un movimiento protagonizado por mujeres blancas de clase media. Afirmas que, contra la convención más comúnmente aceptada, el movimiento feminista está integrado por mujeres, de todas las razas, pobres y de la clase obrera ¿verdad?*

—A mi me parece que caracterizar el movimiento feminista como un movimiento de clase media-alta y de mujeres de raza blanca es una manera de negar su enorme importancia, una forma de rebajarlo considerándolo como algo que afecta a un número poco elevado de personas. Para negar esa caracterización no hace falta más que fijarse en el Banco Grameen de Bangladesh, que si ha podido establecerse y subsistir es porque existe un importante movimiento de mujeres detrás. El movimiento de mujeres está en todos los países. Algunas de sus expresiones son netamente rechazables. No todos esos movimientos son buenos y progresivos; algunos son claramente reaccionarios: las mujeres hindúes en la India forman una parte importante del movimiento neofascista de ese país. No es bonito pero es así.

—*Sin embargo, también dices que otras, están ayudando a crear una nueva cultura. En el libro sugieres que esta nueva cultura política se construye como una forma distinta de entender los derechos humanos y la democracia. Nos lo podrías explicar un poco.*

—A mí me parece que muchos de esos grupos de mujeres, por su forma de actuación y por su modo de organización, están desarrollando un sentido de democracia directa. Además su preocupación fundamental se centra en la transformación de la vida cotidiana. Le dan una importancia que nunca se le ha dado en otros movimientos políticos, por lo que también están modificando la tradicional distinción entre movimientos políticos y sociales procedente del siglo XIX. Estas mujeres están proponiendo una mezcla entre movimiento político y social. Están haciendo una sociedad en embrión, que junte en un todo lo social y lo político. Están hablando de los dos aspectos, como si fueran lo mismo y al hacerlo así proponen una sociedad más equilibrada y más justa, donde alcance un nuevo valor el concepto de derechos humanos.

—*Ya para acabar, dinos qué planes tienes para el futuro.*

—Estoy preparando un nuevo libro que continua el trabajo de *Crazy for Democracy* y que publicaré con la Universidad de California el año dos mil uno o dos mil dos y se titulará probablemente *Taking*

*Back the Streets: Women, Popular Democracy, and Historical Memory.* En el libro recojo cuatro casos de movimientos sociales. Uno de ellos se refiere a la campaña contra la ley que prohibía el adulterio en España durante la Transición, y que tuvo un hito destacado en Barcelona en el caso de María Ángeles Muñoz, que fue denunciada como adúltera por su marido y después éste la abandonó. Se produjo un gran número de manifestaciones durante esta época, en torno a Noviembre del setenta y seis, cuando ella fue a la cárcel. Pero esto y otros movimientos en Zaragoza y Madrid consiguieron cambiar la ley. De hecho fue una de las primeras leyes criminales que se cambió tras la muerte de Franco. Además de esto, estoy escribiendo también sobre las madres de la Plaza de Mayo, a partir del cambio de Gobierno, después del ochenta y sobre las Mujeres por la Vida en Chile que se organizaron contra Pinochet desde el año ochenta y dos y hasta el ochenta y nueve o noventa. Como epílogo voy a incluir la historia de la Nieves Aires, que fue torturada en Chile, escribió su historia y se convirtió en el primer testimonio personal de alguien que había sufrido tortura en Chile. Es uno de los casos que utilizó Baltasar Garzón en su caso contra Pinochet.

Creo que este trabajo puede acercarnos a la lucha por la justicia y los derechos humanos que ha protagonizado mucha gente a lo largo de la historia.